

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas
 Suscripción: España un trimestre . . . 1'00
 • Extranjero • . . . 1'50

De la lucha obrera

Cualquier persona puede pasar por un dechado de virtud, por un pozo de ciencia, mientras no se le acerca a la piedra de toque y quede demostrado que lo que parecían brillantes son culo de vaso y lo que simulaba oro es latón.

El conde de Romanones, cuya capacidad corre parejas con sus pies, creyó mandarnos un gobernador de altura, capaz de resolver todos los conflictos que se le presentaran y nos ha resultado un vulgar plagiaro de aquella cándida reina que al enterarse de que el pueblo se había sublevado porque no podía comer pan, dijo con aquella ingenuidad hija de su ignorancia: «¡pues que coman bizcochos!»

Y el señor Suarez Inclán, el gobernador que vino a Barcelona como una esperanza, el hombre que *dice* que por sus méritos había desempeñado una cartera, al primer tropiezo se amilana, pierde los pies, la cabeza y todo, menos los miles de pesetas que cobra por servicios prestados a su patria, y al ver que los obreros no se resignan a morir de hambre siendo los productores de todas las riquezas, ¿qué hace? No les aconseja, como aquella infeliz reina, que coman bizcochos, sino que les obliga a comer el rancho de la cárcel y trueca su bastón de mando en garrote, y en vez de resolver el conflicto como demandan las circunstancias, consulta a los que se han enriquecido labrando la miseria del pueblo, precisamente a los que, como los buitres, engordan cuando los hombres se desangran estúpidamente por intereses que no comprenden.

¿Qué ha motivado la fiera actitud del gobernador?

Los obreros albañiles se declararon en huelga, la que se desarrolla pacíficamente, más de lo que era de esperar de hombres que sufren las torturas del hambre. Como el mal-estar creado por la injustificada alza del precio de los artículos de primera necesidad es general, otros obreros no acceden a sus demandas acuerdan declararse en huelga.

Como las reclamaciones de los obreros son consecuencia de la ya dicha elevación de precios, que les hacía imposible la vida con los jornales que ganaban, parecía lo más natural que el gobernador llamase a los acaparadores y les obligase a vender a lo que en la jerga comercial se llama su justo precio; pero como la autoridad ha de demostrar siempre que está al servicio de la burguesía, pide consejo a ésta, y del consejo resulta el encarcelamiento de buen número de trabajadores que quedan en rehenes, para obligar por el terror a que los huelguistas depongan su actitud.

Y se ha repetido lo de siempre; se ha apelado al procedimiento de todos los gobernadores que carecen de personalidad para obrar y de talento para estudiar el origen y la causa del mal; se ha entregado en brazos de la burguesía y de la policía, para que la primera señale y la segunda ejecute, y han caído los de siempre, los que sus nombres suenan fatídicamente en los oídos de los explotadores, y sirven de pretexto a la desprestigiada policía para justificar

dispendios y falsos servicios que muchas veces son espléndidamente recompensados.

A pesar de todo, la huelga continúa y nuevos oficios se preparan para la lucha que no tardará en generalizarse, con asombro de los que creían que el proletariado catalán era una parte del rebaño que desde Madrid trasquilan u ordenan trasquilar.

Y lo raro es que este movimiento, que no es más que una demostración de la vitalidad de un pueblo, que si es rehacio para la organización no lo es para la lucha, haya provocado una actitud hostil hasta de aquellos elementos que se titulan revolucionarios, y que en 1911 llamaron cobardes a los jefes del partido republicano porque no fueron capaces de imitar el gesto heroico del proletariado catalán, aragonés y vizcaino.

Porque, díganos *El País*, ¿qué significan sus palabras de que no están justificadas estas huelgas —que son huelgas por el derecho a la vida— porque la carestía alcanza a todas las regiones, y sólo protesta Cataluña?

¿Qué tiene que ver este proletariado, siempre altivo, siempre rebelde, conque en las demás regiones se resignen a morir de hambre?

Cataluña reivindicó en 1909, con su protesta revolucionaria, que nadie, ni aun por altas razones de Estado, debe disponer de la vida de sus semejantes; esto es, defendió el derecho a la vida. Y Cataluña, en 1916, con sus actuales huelgas, reivindica también el derecho a la vida negándose a producir para que un centenar de sinvergüenzas, que por coaligarse para encarcelar los artículos de primera necesidad, caen dentro de los artículos del Código penal, sean los verdugos de la clase trabajadora, a la que pretenden matar por el hambre después de haberle extraído todo su jugo.

¿Por qué, pues *El País* que aplaudió el movimiento de 1909 combate el actual? ¿Es porque éste va directamente contra la burguesía, de la que seguramente forma parte el propietario del periódico republicano? ¿O es que el gobierno de Romanones, como en otra época el de Moret, ha creído que por la gravedad del peligro y para salvar el régimen debía de pedir la ayuda hasta de los periódicos republicanos?

Lo que hay es un miedo cervel en el Gobierno. Así como en «La Pasionaria» se dice que «el tirón que da el presidio, se siente en el ministerio», también podemos decir que los movimientos económicos que se desarrollan en Cataluña llevan el espanto a todos los que del presupuesto nacional han hecho una merienda de negros.

Este gobierno, tan severo para solucionar los conflictos obreros, es tratado como un monigote por los navieros, ante los que rinde pleitesía, permitiéndoles que por medio de habilidades unas veces, y otras descaradamente, burlen las leyes y todo cuanto se oponga al inmenso negocio que están realizando con la venta de los barcos, importándoles poco que España pudiera necesitarlos en posibles contingencias.

Siga con esa actitud el gobierno y su representante en Cataluña; pero cuando su actitud haga que las víctimas de hoy sean los héroes de mañana, no culpen a nadie, puesto que ellos habrán sido los culpables.

En tanto, la huelga continúa, sin que el terror de los de arriba haya impuesto la sumisión a los de abajo.

DE ACTUALIDAD

El engrandecimiento de los pueblos

No ha muchos días leía yo en la prensa burguesa una noticia que, por lo triste y fatídica de la misma, me causó una profunda impresión. El día mismo en que leí la noticia a que me refiero, hubiera escrito el presente artículo, mas comprendiendo que hoy por hoy carecemos de prensa diaria para la publicación de cosas de actualidad, tomé la decisión de dejarlo para mejor ocasión, en la creencia de que, no por esta pequeña tardanza, ha de perder actualidad este trabajo.

Decía la noticia que me ocupa: «Austria ha dado orden para que se incorporen a filas, con objeto de cubrir bajas, los hombres de cincuenta y cinco años de edad.» Publicado el telegrama por un diario burgués, es más que natural que no hiciera comentarios; no obstante, yo hice mis reflexiones, las que quiero transmitir a mis compañeros, con el fin de que se formen un juicio exacto de los grandes perjuicios que trae la actual matanza europea, mal llamada guerra de civilización.

No quiero entrar en disquisiciones sobre las últimas palabras; por tanto, iré directamente a exponer las impresiones que me produjo la noticia que ya he dejado apuntada.

Los hombres jóvenes, robustos, ágiles y plétóricos de vida, son llevados al *abatir*, es decir, a los frentes de combate; los que ya han pasado la primavera de la vida y comienzan a penetrar en el frío invierno de la vejez, son llevados a cubrir el hueco que la metralla produjo, a matar a sus hijos, a sus parientes, a sus amigos... Para el Estado no hay viejos, para el Estado todos son hombres mientras puedan empuñar un fusil. ¡Los pobres viejos de cincuenta y cinco años deben abandonar el hogar, los hijos, el arado y su anciana compañera para marchar a la guerra!

No obstante, la tierra permanece yerma por falta de brazos para roturarla y hacerla producir; las industrias y las artes mueren también, pues en los pueblos en guerra no quedan más que mujeres, niños demacrados por la privación y ancianos imposibilitados por los achaques.

Como fácilmente podremos comprender, las mujeres, los niños y los ancianos carecen físicamente de fuerzas para cultivar la tierra—madre de toda la riqueza de los pueblos—; además, no tienen aptitudes para fomentar la industria, ni las artes, ni el comercio; y los pueblos que carecen de esta fuerza y de estas aptitudes no pueden ser de ninguna forma fuertes, ricos, ni poderosos, sino débiles y nómadas, como sucede a Italia y España y como sucederá mañana a todos aquellos que hoy luchan en la creencia de que van a engrandecerse, sin tener en cuenta que el camino que siguen es de ruina, de hambre y de miseria, de peste y de perturbaciones.

Los pueblos o naciones, aun cuando lo digan sus reyes o sus gobiernos, sus filósofos o literatos, no podrán ser ricos ni fuertes por medio de la guerra; con ella no se hace más que labrar la ruina del país, la desdicha de sus moradores y el aniquilamiento de la raza.

La guerra, igualmente para la nación vencida que para la que salga triunfante, no significa más que decaimiento, letargo moral, físico e intelectual para las mismas. El dinero gastado en armamentos, víveres y municiones, podrá quizá recuperarse mediante un impuesto de guerra; mas ¿cómo volver a la vida los millones de

hombres muertos? ¿cómo sanar los millares de inválidos? ¿cómo curar los millares de seres atacados por mortales enfermedades?

Dejando pasar los años en espera de que la procreación venga a cubrir esas bajas, ¿verdad? ¿Pero cuántos años han de transcurrir hasta que esos huecos queden cubiertos? Nadie puede precisarlo, pues sabido es que el número de nacimientos decrece constantemente y en cambio las defunciones son más numerosas cada día, por cuyo motivo será muy difícil a las naciones en guerra reemplazar a los que en los campos de la muerte sucumbirán o quedarán inutilizados para el trabajo.

Imaginaos ahora, amables lectores, que la inmensa mayoría de cultivo permanece yerma, y luego pensad que de lo poco que hoy se trabaja aún habrá necesidad de abandonar alguna parte por falta de brazos para roturarla y os explicaréis sencillamente el por qué las naciones hoy en guerra, triunfantes o derrotadas, serán presa de la más espantosa miseria.

Lógicamente hablando, la riqueza de cualquier país no se encuentra en la boca de los fusiles, sino en el fondo y en las entrañas de la tierra, en el campo, en la agricultura, en el trabajo intensivo y extensivo del suelo, en la siembra y desarrollo metódico y científico de las plantas, en la protección de los pobres labradores.

Desgraciadamente, hoy no puede hacerse producir a la tierra en abundancia, porque aquellos hombres que podrían ponerla en condiciones para ello, están empuñando el fusil en vez de empuñar el arado.

No; los pueblos no se engrandecen con la guerra; miente a sabiendas quien diga lo contrario. Los pueblos se engrandecen cuando tienen abundantes caminos de hierro; cuando tienen suficientes canales y pantanos de riego; cuando en la paz se labora por el bienestar de todos.

Mas este engrandecimiento no llegará en tanto los hombres no sean más humanos; es decir, en tanto que, libres todos los pueblos, no puedan dedicarse a fomentar esas grandezas.

Por eso, como anarquistas, afirmamos que los pueblos o naciones no serán fuertes y ricas, en tanto la paz no sea perpetua entre todas las razas de la tierra.

Pero esta paz no podremos encontrarla más que en una sociedad anarquista, donde el egoísmo particular quede olvidado para siempre.

NICOLÁS GUALLARTE
 Zaragoza

Los deseos de la Paz

Ya la paz es deseada vehementemente. Al período de barbarismo cruel que nos ha hecho regresar a los tiempos primitivos, va substituyéndole otro más en armonía con el sentimiento de humanidad. Al fin lo humano vence, derrota a lo inhumano. Era de esperar y no nos extraña. Así como la guerra se hizo inevitable, por ser un hecho premeditado concienzudamente por los tiranos de Europa, que tenía indefectiblemente que estallar si el proletariado no lo impedía, del mismo modo la paz, pasados los primeros momentos de suicida embriaguez de patriotismo, tenía que abrirse paso y albergarse en el corazón del pueblo, toda vez que la Humanidad, impelida incesantemente por la fuerza incontrastable de evolución, camina imperturbable hacia el máximo de su perfección; hacia la ley de finalidad; hacia el Bien.

No porque ciegamente practique el mal y se sepulte en él hemos de negar esto. Su educación y las circunstancias especialísimas en que se desenvuelve así lo determinan; mas, la ciencia, luchando tenazmente contra lo desconocido, esquematiza, sin darse cuenta, una era nueva, y hace llegar al trabajador sus efluvios, cristalizados en las ideas modernas que le empujan hacia su integridad y perfección y le hacen entrever la posibilidad de una vida mejor, más en concordancia con sus aspiraciones de dicha suprema.

Así vemos que, a semejanza de girones de aurora que tremolan en la noche glacial de la ignorancia del pueblo, surgen en medio de este caos que ha formado la maldad de unos y la inconsciencia de todos, gritos que, brotando del alma, proclaman la paz y anatematizan la guerra: ¡Benéfica y saludable reacción del sentimiento!

Veamos lo que con este respeto dice *El País*, reproduciendo una nota publicada en la *Gaceta de Francfort*. Dice así:

«En una gran ciudad alemana, cuenta la *Gaceta de Francfort*, el director de una escuela popular de niñas, ha puesto estos días a sus alumnas la siguiente pregunta:

—Suponed que un genio del bien apareciese súbitamente ante vosotras antes de Navidad y os dijese que obtendríais súbitamente lo que quisiérais. ¿Qué le pediríais?

—Yo le rogaría —respondió una alumna— que para Navidad todas las campañas sonasen a paz.

—Yo desearía —dijo otra— que la guerra terminase en Navidad y que una paz eterna reine en los pueblos.

Más de la tercera parte de las respuestas expresaban el anhelo de la paz.»

Ya veis; si estas niñas, estas pequeñas criaturitas que no tienen aun uso de razón por no haber llegado a la edad propia para el discernimiento razonable y lógico, piden a un poder *sobrenatural*, a un poder no real, falso, el advenimiento de la paz, porque no comprenden precisamente que ésta han de instaurarla los hombres, que son los que hicieron la guerra, ¿cuál será nuestra actitud ante el gran crimen que durante este trágico y largo período ha empapado de sangre proletaria el suelo de Europa, tanto tiempo fertilizado con

la sangre, el sudor y las lágrimas de múltiples generaciones esclavas, que fueron y que hanse perdido en las penumbras del pasado, dejando grabado con caracteres indelebles en los faustos de la Historia la negra canción del dolor que aun se perpetúa en nosotros? Si no pudimos evitar que la actual hecatombe se llevara a efecto; si no podemos admitir en modo alguno que ésta pase sin que nuestra protesta se eleve enérgica y viril; si, pasando por encima de todo, queremos hacer oír nuestra voz vibrante por la indignación, en medio de este vértigo que arrastra al mundo al más hondo precipicio, y ansiamos realmente que la paz sea un hecho, tenemos que aprovechar estos momentos y hacer con nuestra propaganda que estos deseos, que a pesar de ser generales solo se manifiestan en determinados momentos, se exterioricen en todos los instantes y de una forma general, para que determinen el impulso arrollador de la voluntad, y ésta transforme en nervio y acción, lo que solamente es hoy energía anestesiada, incapaz de rebeldías augustas, y demos forma y vida a este algo que late en nuestro cerebro y nos impele a luchar sin que nos arredren ni obstáculos ni peligros.

Solamente así, amigos, podremos ver convertidas en realidad nuestras más caras ilusiones, y no tendremos nada que acusarnos ante el imperativo moral de nuestra conciencia.

JOSÉ ARRANZ

NUESTRA PROTESTA

Sean conservadores o liberales los que gobiernen, harto sabido lo tenemos que todos, absolutamente todos, al constituirse en poder se erigen en verdugos del pueblo que trabaja y sufre. Son los eternos prevencadores de la Ley, los que el respeto a la Ley nos imponen; son los que forman parte de las grandes empresas y poderosas compañías, los que en sus manos tienen los destinos de la nación.

Los que, de ser cierta su austeridad, ecuanimidad y patriotismo, deberían velar por la administración recta de la justicia y por el respeto a la razón, sólo tienen como atributos que simbolizan su actuación, un bolso de oro a guisa de balanza en una mano, y en la otra, sustituyendo a la espada justiciera, un látigo con contera de hierro con que flagelar las espaldas de los trabajadores.